

PENNY BERRY

y la batalla de Cairngorms

Lluís Prats



Ilustraciones de María Simavilla

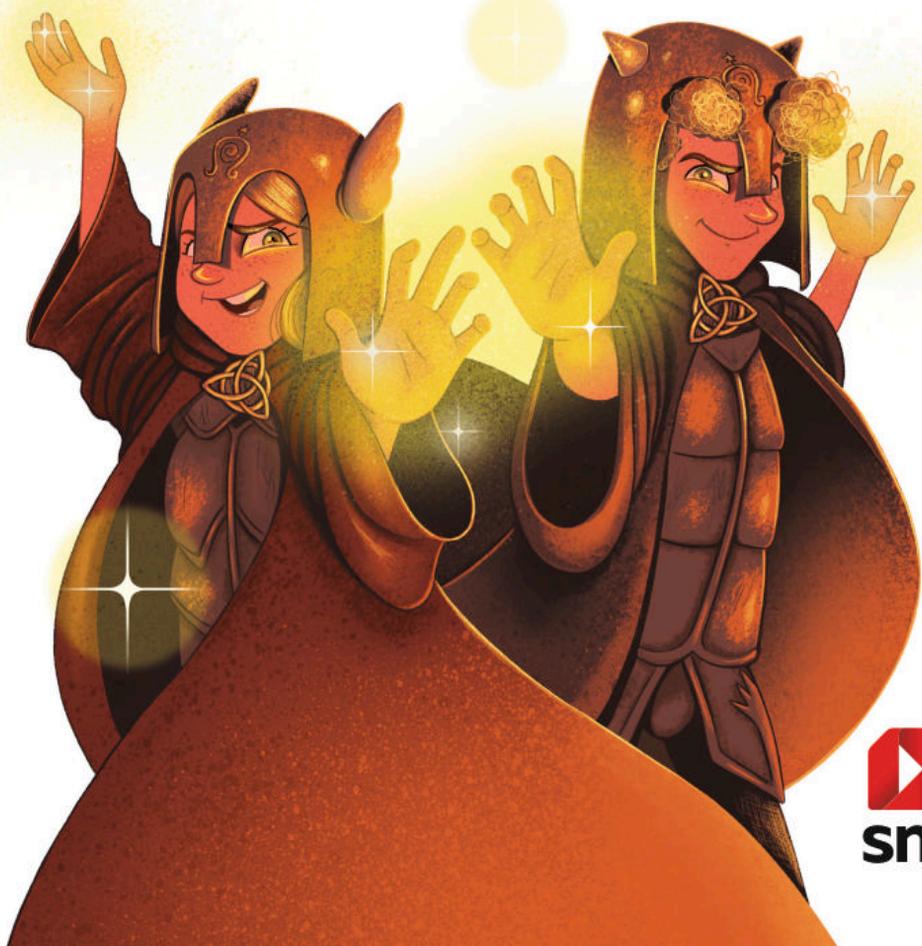


PENNY BERRY

y la batalla de Cairngorms

Lluís Prats

Ilustraciones de María Simavilla





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en www.fundacion-sm.org

LITERATURASM•COM

Primera edición: marzo de 2019

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Berta Márquez
Coordinación gráfica: Lara Peces

- © del texto: Lluís Prats, 2019
Autor representado por IMC Agencia Literaria, S.L.
- © de las ilustraciones: María Simavilla, 2019
- © Ediciones SM, 2019
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-9182-514-2
Depósito legal: M-3395-2019
Impreso en la UE / *Printed in UE*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

To J. and N.

Crómlech

Bosques
de Ben Macdui

Río Dee

REFUGIOS DE CAIRNGORMS

1. Abrigo del Norte
2. Abrigo del Sur
3. Torre del Trol
4. Torre de los Gigantes
5. Empalizada
6. Establos
7. Poterna de los Unicornios
8. Puertas de Robustus el Blanco
9. Cavernas de Cairngorms
10. Torre del Sur
11. Poterna de los Elfos

Vaguada del Refugio

Llanura de Cairngorms

Aguagris (Loch)



Pillochry
(40 millas)

Spittal
Clenshee
(12 millas)



1 milla





DRACONES

RUGIENS

SEMPER . FORTIS

1

LAS MURALLAS DE CAIRNGORMS



as diez en punto de la noche. Octavia Berry se reunió con los decanos. La batalla estaba a punto de comenzar y era imprescindible distribuir las fuerzas por la fortaleza de Robustus el Blanco.

Penny llevaba un rato cabizbaja. A Cairngorms habían llegado muchos menos aliados de los esperados y, además, horas antes habían dejado a sus fieles Ashwhite y Cecilia Knots en las Perlas de Plata, custodiando los sepulcros de sus padres. Allí algo se había roto en su interior, porque había tenido el mal presentimiento de que jamás volvería a verlos con vida.

Entonces observó a su hermano Marcus por el rabillo del ojo. Quizás había descubierto que la pócima de Zaratustra para devolver a la vida a sus padres era él. Tenía que decírselo a lo largo de aquella noche, pero aún no había encontrado el momento adecuado.

Entre la bruma se adivinaban la gran hoguera que los hispanos habían encendido en la Torre del Sur y las antorchas de los elfos de Gales en la Torre del Trol.

Un relámpago agrietó el cielo y su telaraña de luz iluminó la serpiente plateada del Dee. Un segundo más tarde estalló el trueno, y los abrigos de Cairngorms temblaron de arriba abajo.

Los tambores enemigos resonaban en la lejanía.

Miles de antorchas avanzaban hacia la fortaleza.

Penny y Marcus las observaban junto a los Clutterbuck.

–Son muchísimos, abuela –murmuró Penny–. ¿Cómo nos las apañaremos?

–Sí, son muchos, pero no sufras. Calpurnia tiene una pequeña sorpresa preparada. Venid conmigo.

Mientras bajaban las escaleras de la fortaleza, uno de los gigantes sacó la cabezota entre dos almenas. Llevaba media cara cubierta por un casco de hierro y les costó reconocerle.

–¿Todo listo, Robustus? –le preguntó la abuela Octavia.

El coloso asintió y la ilustre Decana de Escocia se despidió:

–*Dracones rugiens...*

–... *semper fortis* –replicó él levantando un puño.

–¿Qué os habéis dicho? –se interesó Marcus.

–Es el santo y seña de Amhuinn, tesoro: «Dragón rugiente, siempre valiente».

El patio de la fortaleza estaba lleno de centauros, que galopaban arriba y abajo, y de gigantes cargando proyectiles en las máquinas de guerra.

Las puertas de los abrigos del norte y del sur ya estaban cerradas a cal y canto, pero las de la gran caverna aún permanecían abiertas.

Calpurnia Clutterbuck hervía algo en una marmita. Miles de burbujas se derramaban hasta el pavimento.

–¿Qué preparas, tía? –le preguntó Pippa.

–Es la vieja fórmula de fortalecimiento de un druida galo. Parece que vino de vacaciones a Berry Manor, en tiempos de Robustus el Blanco, y le explicó el secreto.

–¿Y cómo se llamaba?

–¿Quién, el galo o la poción? –replicó la herborista de La Ortiga Alegre.

Pippa hizo una mueca. Parecía mentira que su tía tuviera ganas de bromear.

–El druida... –respondió.

–Según la leyenda, Ambiórrix.



–¿Y para qué sirve? –se interesó Marcus.

–Quien la bebe obtiene una fuerza extraordinaria.

–¡Hala! –exclamó Noel.

Penny torció la boca, asqueada. Aún recordaba lo que le había pasado meses antes al beber el elixir de nuncajamás.

–¿También tiene efectos secundarios? –preguntó enseguida.

–Ninguno –le aseguró la herborista–, pero su duración es limitada y no se puede beber de nuevo hasta pasados unos días.

–¿Y la pueden tomar todos?

Calpurnia Clutterbuck miró a su sobrina como si tramara algo.

–Jamás puede darse de beber a los gigantes ni a los trols, ¿entendido? –le advirtió alzando el cucharón–. Ignoramos qué efectos tendría.

–Interesante... –murmuró Noel.

Mientras hablaban, una larga cola de defensores se había reunido delante de la marmita. No tuvieron que esperar mucho. Calpurnia la probó y dijo con una mueca:

–Le falta un poco de pimienta, pero ya está lista.

Entonces, uno a uno, la empezaron a tomar y regresaron robustecidos hacia las murallas.

Pronto le llegó el turno a la abuela Octavia, que sorbió del cucharón de Calpurnia. Al momento se le retorcieron los intestinos, pero sintió una fuerza enorme en los brazos.

–¡Burp! Perfecto –dijo, y se dirigió hacia las catapultas, cogió un proyectil que debía de pesar una tonelada y lo lanzó por encima de las murallas con una fuerza de mil demonios.

–¡Abuela! –exclamó Marcus.

–Qué te parece, ¿eh? –sonrió ella.

Los cuatro se pusieron inmediatamente a la cola.

–¡Esto no me lo pierdo! –exclamó Noel, entusiasmado.

La última en tomar la poción fue Penny. Al notar el gusto del muérdago puso cara de asco, pero se la tragó. Al momento notó una descarga eléctrica y sus músculos se convirtieron en acero.

Durante un buen rato, sanadores, recolectores, elfos, centauros y toda clase de seres hicieron una cola larguísima ante la marmita

de la poción de Ambiórix. Mientras tanto, Penny, Marcus, Pippa y Noel caminaban hacia las murallas detrás de la abuela Octavia.

Cornelia y Clarence Gruffyd y Fulgencia Gallagher miraban en silencio cómo los ejércitos de los nigromantes se distribuían por la llanura.

–Todo saldrá bien, ya veréis –les dijo la abuela.

Penny no lo tenía tan claro, pero no pudo pensar en ello. Un oteador de Amhuinn llegó delante de la DAF de Escocia, hizo una reverencia y le entregó una tela doblada.

–*Dracones rugiens...* –dijo.

–... *semper fortis* –le respondió la DAF de Escocia acariciándola–. Gracias, Percival.

Después se volvió hacia los cuatro y se la entregó.

–Llévdsela a Alastair –les dijo señalando la Torre de los Gigantes–. Él sabrá qué hacer.

En el gran patio, Augustus Blackfriars pasaba revista a las tropas del Decanato de Inglaterra. El anciano de barba descuidada y cejas plateadas iba recubierto con la armadura. De la cintura le colgaba una espada larga con el puño lleno de rubíes.

Al su lado se encontraba Heathcliff Arrow, el grifo de alas azules y garras afiladas. Caribdis lo observaba preocupada desde las empalizadas, porque sabía que era muy valiente.

En la Torre de los Gigantes, la actividad era frenética. Unos armaban las ballestas con unas lanzas infernales y otros cargaban grandes rocas en los cucharones de las catapultas.

Todos vestían las faldas de su clan. En la cabeza llevaban cascos o boinas con borlas, y de los cinturones les colgaban mazas y hachas. Pegados a la muralla habían apilado unos grandes tambores y algunas gaitas.

Robustus Lomond dejó caer una roca en un montón y se les acercó.

–Son mis amigos: Penny Berry, Marcus, Pippa y Noel Clutterbuck –los presentó.

Aquellos forzudos con brazos como troncos los observaron con sus ojos bizcos y charlaron entre ellos con sonidos guturales.

–La recordamos de la Llanura de los Unicornios –dijo uno de largas patillas pelirrojas–. Aquel día estuvo sensacional.

–Hoy también lo estará –dijo entonces una voz detrás de ellos.

El viejo Alastair, el gigante de barba blanca y ojos de fuego, estaba sentado en una almena y les hacía señales para que se acercaran.

El anciano tenía sobre las rodillas un gigantesco garrote que usaba como bastón. Su nariz era enorme, y sus ojos, vivos como brasas de fuego.

Cuando los tuvo delante, se peinó la barba y los examinó.

–O sea, que tú eres la nieta del ama Octavia –le preguntó a Penny.

–Sí.

–Pues tenía muchas ganas de conocerte –añadió acariciándole la mejilla con un dedo.

Después se volvió hacia su ejército y preguntó socarrón:

–Esta es la niña de los pastelitos que te vuelven loco, ¿verdad, Robustus?

El gigante se puso colorado y balbuceó una excusa.

–Esto me lo ha dado la abuela para usted –dijo Penny entregándole la pieza de tela.

–El viejo estandarte de Amhuinn... –suspiró Alastair mientras le temblaba la barbilla.

Luego, el anciano se agarró al mástil clavado en mitad de la torre y se incorporó. A pesar de ir encorvado, era casi tan alto como Robustus.

A continuación, dio unas instrucciones a dos de los gigantes más jóvenes, que ataron la banderola a la cuerda del mástil.

Mientras la izaban, los otros formaron en círculo para ver aquello que el viejo Alastair les contaba alrededor de la hoguera algunas frías noches de invierno.

Robustus sopló el cuerno que le colgaba del pecho y el grave sonido resonó por los valles.

La bandera llegó a mitad del mástil y una ráfaga de viento la desplegó por completo. Se veía un dragón bordado en hilos de oro

y plata rodeado por el lema del Decanato de Escocia: *Dracones rugiens, semper fortis*.

Al ver brillar el viejo estandarte, Penny se estremeció.

A aquellas horas, escondidos en las Perlas de Plata, Ashwhite y la señora Knots vigilaban los sepulcros de sus padres.

Los centauros empezaron a golpear el empedrado con las pezuñas. El griterío se hizo ensordecedor y los cuernos se multiplicaron por las murallas. Muchas trompetas les respondieron desde las torres envueltas por la niebla: era la señal de zafarrancho.

–Empieza el baile –dijo Robustus–. *Dracones rugiens...*

–... *semper fortis* –le respondieron los cuatro a la vez.

Penny, Marcus y los Clutterbuck regresaron junto a la abuela Octavia.

Los enemigos seguían acercándose a los muros de la fortaleza y las serpientes de fuego parecían no tener final.

Poco después, el cielo se agrietó con rayos y truenos, y las primeras gotas de lluvia empezaron a repicar contra los cascos y las armaduras.

Entonces, Marcus señaló hacia el Paso del Refugio.

–¿Qué es aquello? –dijo.

Más allá de la torre defendida por los trols, una manada de animales galopaba hacia las primeras compañías de los nigromantes que se habían desplegado en la llanura.

–¿Son enemigos? –preguntó Penny.

–Diría que no... –respondió Noel aguzando la vista–. Me parece que son...

–¡Son gigantes germanos! –gritó Marcus al reconocerlos–. ¡Veo las banderas del Decanato de la Selva Negra!

En un santiamén, los aliados llegaron delante de la vanguardia de los nigromantes y empezaron a abrirse paso a garrotazos. Docenas de orcos y trasgos salieron disparados por los aires.

Junto a los gigantes germanos corría un pequeño wyvern, un dragón enano, montado por un jinete que disparaba pequeñas *agressios impetuosas* a derecha e izquierda.

–¡Es Marlies! –gritó Noel–. ¡Marlies Rosenmöller!

–¡Sí! Y ha mejorado la puntería desde Shangri-La –dijo Marcus.

En un minuto, los gigantes germanos consiguieron abrir una brecha en las hileras de orcos, y poco después las compañías del Decanato de la Selva Negra llegaron frente a las puertas de Robustus el Blanco.

–¡Abrid! ¡Por el cuerno del unicornio! –gritó Quirón Blackhorse con voz de trueno–. ¡Llegan los aliados!

Las puertas de la fortaleza chirriaron y se abrieron de par en par. Un segundo más tarde, los refuerzos germanos entraban en Cairngorms.

–¡Drombuch! ¡Son los de Drombuch! –gritó alguien desde la Torre de los Gigantes–. ¡Ahora sí que habrá juerga, y de la buena!

Penny, Marcus y los Clutterbuck bajaron hasta el patio donde Fleur Desjardins y Le Tseng admiraban boquiabiertas a aquellos hombretones recubiertos de pieles. Todos tenían rostros de piedra y por debajo de los cascos sobresalían largas trenzas doradas.

Lo primero que hicieron los gigantes germanos fue subir a la torre para saludar a los escoceses. Unos y otros empezaron a darse cabezazos, y cada vez que lo hacían parecía que se partiera una roca, pero ellos reían y se lo pasaban de muerte.

Entonces, el pequeño dragón de Marlies frenó delante de ellos. Solo tenía patas traseras, pero eran fuertes como las de un caballo percherón. Sus alas eran diminutas y tenía la cola rematada por un aguijón como el de un escorpión. La bestia clavó en ellos sus ojos como rubíes y su boca de reptil sonrió como si los reconociera.

La astrosaura de Germania descabalgó y le clavó un golpe en el trasero para que fuera hacia los establos.

–¡Buf! –exclamó–. ¡No sabéis lo que nos ha costado llegar!

No hubo tiempo para darle la bienvenida, porque otro cuerno anunció que alguien más llegaba.

Las gentes apuntaban hacia un animal que daba tumbos por el cielo como si fuera a desplomarse en cualquier momento.

Aquello era muy extraño, porque provenía del lado norte de Cairngorms y volaba en solitario.

–¿Quién puede ser? –preguntó Noel entrecerrando los ojos–.
¿Algún animal germano que se ha perdido?

–No, no es de los nuestros –le aseguró Marlies Rosenmöller frunciendo el ceño.

Entonces, Pippa señaló hacia la grupa del animal y exclamó:

–¡Lleva un jinete!